

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos, 14, 21b-27): *Hay que pasar muchas tribulaciones para entrar en el Reino.*

Salmo (144, 8-13b): *«Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi Rey»*

2ª lectura (Apocalipsis, 21, 1.5a): *He aquí la morada de Dios entre los hombres.*

Evangelio (Juan 13, 31-33a,34-35): *Amaos unos a otros, como yo os he amado.*

La liturgia del día de hoy nos recuerda el carácter, esencialmente misionero de la Iglesia. Estamos en la recta final del tiempo de Pascua y está ya muy cerca la festividad de la Ascensión del Señor a los cielos, y en este acontecimiento de la Ascensión, Jesús promete a sus discípulos el envío del Espíritu para ser sus testigos hasta los confines de la tierra.

Por ello, la palabra de Dios nos presenta hoy, el primer viaje de Pablo y Bernabé a las ciudades del Asia Menor, para anunciar al Resucitado y esto nos muestra que el anuncio del Reino no se limita a Jerusalén ni siquiera a Israel, sino que abarca hasta los confines de la tierra y es Cristo resucitado quien acompaña, guía y conduce la evangelización de la Iglesia; y evangelizadores, animan a aquellos primeros discípulos de entre los gentiles y los *«exhortan a perseverar en la fe diciéndoles que hay que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios»*. Con ello están recordando las palabras del Maestro que anunciaba a los discípulos que el camino hacia la Gloria pasa por la pasión y la muerte.

Por ello, la Iglesia debe recorrer en este mundo el camino de la cruz que es una parte del camino total, cuyo final es la gloria sin fin. Cristo resucitado acompaña a su Iglesia en el camino de la cruz, pero conduciéndola hacia el final de luz y de gloria que son los cielos nuevos y la tierra nueva, será un universo nuevo donde *«Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque el primer mundo ha pasado»*. Por esto, el camino de la cruz que debe recorrer la Iglesia, desemboca en este universo nuevo, que supone el triunfo definitivo de Cristo, la implantación definitiva del Reino de Dios.

Pero la espera de este universo nuevo no puede ser una excusa para dejar de actuar en este mundo, nos recuerda el último Concilio en la constitución sobre la Iglesia en el mundo: *«La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo»* (Gaudium et spes, 39). Lo que significa que tenemos que ser en este mundo testigos de la Resurrección y, para ello, mostrar que hemos sabido morir al hombre viejo y resucitar con Cristo, y esta resurrección implica vivir en el amor, porque, nos decía el evangelio que la señal del discípulo de Cristo es vivir en el amor. Solo amándonos los unos a los otros podremos ser en este mundo testigos del Resucitado y constructores de los cielos nuevos y la tierra nueva, ya en este cielo y en esta tierra.

Pablo y Bernabé no eran turistas ni viajaban por placer. Algo les inquietaba por dentro y no les dejaba asentarse en un solo lugar durante mucho tiempo. El Espíritu de Dios les hacía sentir la urgencia de evangelizar y de animar a los discípulos de aquellas nacientes comunidades. Decidirse a ser cristiano, entrar en el Reino de Dios, vivir al modo de Jesús, exige perseverancia en la fe, y eso es lo que querían lograr esos grandes evangelizadores.

Esos evangelizadores nunca hubieran admitido el refrán que dice *“Más vale malo conocido que bueno por conocer”*. No, el Espíritu siempre los animó a ir encontrando lo bueno por conocer en muchos pueblos, razas y culturas y a ofrecerles lo más bueno y lo más nuevo, el Evangelio.

«Amaos unos a otros». Muchos de nosotros, llevamos el corazón cargado de resentimientos y rencores que hacen pesadísimo nuestro caminar; no nos atrevemos a dejarlos, nos aferramos a ellos y nos cuesta intentar vivir en la libertad, mediante un nuevo comienzo basado en el perdón y la reconciliación. Muchos de nosotros hemos optado por ser más bien *“repetitivos”* negándonos a posibles cambios, preferimos la rutina: los descuidos de siempre, los errores de siempre, los vicios de siempre, los olvidos de siempre, las agresiones de siempre, las burlas de siempre, los chismes de siempre, las improvisaciones de siempre...

Soportamos el lastre de una historia en la que privilegiamos la memoria de los momentos fallidos y las experiencias amargas, y, si acaso, recordamos los otros momentos, los de felicidad y plenitud, es casi siempre con nostalgia, más que con un afán verdadero de recordarlos para cambiar aquello que nos parece que podría ser mejor.

Es verdad que hoy admiramos a las personas *“creativas”*, aquellas que siempre pueden aportar algo nuevo a algún aspecto de nuestra existencia para enriquecerla. Gracias al Espíritu Santo algunas personas, que gozan de ese talento, son las que se han reunido para reflexionar y preparar el Sínodo para la Renovación de la Iglesia que, para estos tiempos, ha convocado el papa Francisco.